

# En Sincelejo: De chicas prepago, Sida y corralejas.

Por Alfonso Ramón Hamburger

*Hordas de muchachas, celular en mano, ofrecen servicios sexuales en Sincelejo. Atrás quedaron los burdeles y los metederos de mala muerte. La prostitución subió de estatus, mientras baja el Sida.*

La horda de chicas pre-pago, alimentada por el celular en la mano y la facilidad de la Internet, mas la agilidad del moto taxi, han desatado en Sincelejo, Sucre, una verdadera epidemia de prostitución avasallante, mucho más peligrosa que el Sida.

La epidemia va de la mano de la inversión de valores, la baja autoestima, la guerra, el desplazamiento forzado, la recesión económica y el abuso de los medios tecnológicos, conforme analistas invitados al programa de televisión La Opinión.

Según los datos que lleva Dasalud, hacia 1999, cuando se midieron por primera vez diez años de la enfermedad, los 63 casos fatales de ese año representaban un incremento alarmante. Pero más alarmante era que cuatro de las víctimas fueron menores entre los dos y los cuatro años.

Hoy, diez años después que la enfermedad logró sus picos más altos en la mitad de la década de los noventa y en que las mujeres- que son en la mayoría las victimas- se atreven a hablar más abiertamente de la palabreja, confundida algunas veces por el Video Casete VHS, las cifras han empezado a descender. Para Jorge Alcalá, funcionario del Departamento Administrativo de Seguridad Social en Salud de Sucre, Dasssalud, las campañas de socialización y de concientización en el sentido de que la enfermedad no es un invento del capitalismo salvaje sino una realidad silenciosa- y que existe como la propia envidia - han contribuido a la prevención. Ella ataca ahora con más salvajismo en las áreas más deprimidas y municipios cercanos a Sincelejo o en aquellos con poca cultura informativa, donde el sexo sigue siendo una especie de tabú.

A la irrupción de los primeros casos, hacia 1983, en que Sincelejo dejaba atrás la euforia de las corralejas después del desastre de los palcos en 1980 que causaron mas de 500 muertos, y daba pasos de lo rural a lo urbano, aparecieron en los barrios verdaderos carteles de la prostitución, una especie de redes que fueron intercambiando la actividad, entonces los salones tradicionales, cantinas y metederos, donde los hombres iban a echar sus canitas al aire, fueron desapareciendo.

Como en la canción de Adolfo Pacheco, se acabó el dinero, se acabó todo, hasta El Gurrufero. Precisamente, El Gurrufero, había sido uno de los últimos salones de baile que permitió la prostitución en el pueblo y de donde salieron varias mujeres que al conseguir maridos estables, lograron conformar hogares muy respetables.

En Sincelejo, donde el último censo electoral arrojó un dato interesante para tener en cuenta, había diez mil mujeres más que hombres. Ello sumado a la gran cantidad de madres solteras por el desamor y la guerra, falsos positivos y desapariciones, que han afectado mayormente al sexo masculino, en una zona sacudida cruelmente por el paramilitarismo. Además de ello se suman las muertes por accidentes en motos y en las corralejas, que hoy superan a las que provoca el Sida. La ultima corraleja de Sincelejo dejo 14 muertos y más de 60 heridos. De esta cantidad, trece de



los muertos fueron caballos empitonados por los toros y un hombre que murió crucificado por unos protuberantes cachos, después de santiguarse con un trago de ron, decepcionado por un amor.

Estos fenómenos, en que los salones de baile dieron paso a los burdeles rumbo a las niñas prepagos modernas, sucedieron en medio de la guerra por el territorio que enfrentaba despiadadamente a guerrilleros, agentes del Estado y paramilitares. Sincelejo, en diez años se llenó de desplazados por la violencia. Se cree que llegaron unas 120 mil personas huyendo de la guerra, casi una tercera parte de la población actual. Ello representa una presión muy fuerte contra los servicios públicos y el empleo, al tiempo que los casos de corrupción administrativa y los nexos de políticos con paramilitares, tienen a los tres últimos gobernadores y a un alcalde tras las rejas.

Según las estadísticas que llevan organismos no gubernamentales, como la Fundación Sendero, la mayoría de ofertas laborales para los desplazados son ocupadas por mujeres, quienes han tenido más proyección que los hombres por su facilidad para realizar cursos y profesionalizarse de alguna manera. El hombre, que en el campo se metía la mano en el bolsillo para todo, desde comprar un fósforo hasta para pagar un dote ante el cura, al llegar a la ciudad y ver cómo su compañera lideraba los ingresos del hogar, se volvió impotente. Muchas mujeres, atadas a la batea, a la escoba y a la cocina cuando estaban en el monte, al llegar a la ciudad, encontraron mayor libertad para desarrollarse, como es el caso de Juana Díaz, proveniente de Las Palmas, Bolívar, que empezó manejando una mototaxi y hoy es una enfermera profesional. Ella no sólo dejó a su marido sino que volvió a casarse. Halló una nueva vida y hoy para ella el campo es cosa del pasado. El desplazamiento le cambió la vida y en medio del sufrimiento se liberó del machismo de su abuelo.

Este sacudón femenino, en medio de las limitaciones laborales del medio y de la discriminación de género, especialmente a través del machismo de la música, fue acompañado de otros fenómenos tecnológicos que no sólo le facilitaron enganche laboral, sino libertinaje, promiscuidad y prostitución camuflada. Sin embargo, la tecnología les fue proveyendo de las herramientas necesarias para cuidarse de embarazos no deseados y de enfermedades transmitidas por vía sexual, entre ellas el Sida.

A la situación se agrega que en los conciertos musicales y en campañas institucionales de asociaciones del Régimen Subsidiado en Salud y otras, los condones se distribuyen por montones. Se suma que ya nadie sufre de pena a la hora de pedir un condón en una droguería. Tranquilamente se pide como si se tratase de un cigarro o un producto más de la canasta familiar. La timidez quedó sólo para decorar chistes colorados.

Ahora hay que cuidar es al hijo varón, dice Consuelo Cárdales, una maestra de escuela, quien sostiene que una vez sus hijas crezcan, las proveerá de conocimientos sexuales y de condones en la cartera. No quiere que ellas sean educadas sexualmente por el vecino.

Para Teresita Fadul, de 18 años, la solución no está sólo en repartir condones en la entrada de los grandes conciertos y en los carnavales, sino trabajar por la dignidad de la mujer en el manejo y el respeto de su cuerpo.

Los matrimonios desechables, pese a que los divorcios han descendido en el mundo por la recesión económica, se ven alimentados por la posibilidad, en el caso del hombre, de conseguir a domicilio un bomboncito que le haga el amor a plenitud, sin riesgo de enfermedad y sin compromiso, pero que deja en la chica cierto vacío existencial. Algunos hombres sin desparpajo, disfrazan la realidad en forma de chiste, al sostener que es mejor compartir un delicioso bombón con otros clientes a tener que comerse un cerro de hiel ellos solos. En ello justifican la infidelidad, mientras cada vez más la religión es menos notable, especialmente en el cumplimiento del sexto mandamiento. No obstante que no faltan, en medio del machismo musical prevalente, canciones como La Morrocoya, del maestro Miguel Durán, quien sacudido por una religiosidad avasallante en sus años seniles, pide protección al Divino Maestro del asedio de una de esas animalejas callejeras, que para el sucreño no es más que la vulva en persona. La canción, como es apenas

obvio, en una sociedad altamente penetrada por los fetiches, se escuchó y se vendió como pan caliente por su morbo y sentido porno religioso.

Todo sucede, mientras el padre Alberto Linero Gómez, un sacerdote eudista, trata de hacer entender a sus numerosos oyentes radiales, que es malo acostumbrarse a la pelea matrimonial, donde no se dialoga ni se negocia. El, un cura que tiene ademanes del Pibe Valderrama, termina recomendando con su lenguaje barrial, abrirse del paraguas y no acostumbrarse a ese ring permanente.

Para Nini Guerrero, psicóloga de la Corporación Arcoiris, la juventud actual de Sincelejo es el reflejo de lo que pasa en el mundo: son extremadamente desordenados, rebeldes sin causa y no tienen metas bien definidas. Ya no bailan al son de la plasticidad de la cumbia, sino que se dejan mecer por el regatón y la champeta y el rock con alto grado de incidencia en el camino hacia la droga que mata. Hasta los vallenatos, que en antaño eran piezas poéticas, se volvieron malos consejeros, porque invitan a la anchanchà, al libertinaje y a beber ron desde que pica el viernes.

La pérdida de esos valores tradicionales, en que las niñas iban al baile de mano de la abuela, ha ido de la mano de una sociedad neo feudal, conformada por ganaderos y comerciantes en su mayoría, que de alguna manera, contribuyeron al nacimiento de los primeros carteles de prostitución y apartamenteras.

María Banqueta, una de las primeras mujeres en conformar carteles de prostitución en Sincelejo, cuyo nombre surgió a la par de los grupos comandados por el narcotraficante Pablo Escobar y Raúl Rodríguez Gacha- este muerto precisamente a pocos kilómetros de Sincelejo- relató que un prestigioso ganadero, muerto posteriormente por una de sus amantes, fue quien la obligó a crear el primer grupo. Según su relato, ella -quien hoy está a punto de retirarse para cuidar a su hija de 17 años y quiere dejar su agenda de prepagos a la prensa- al principio fue una de las amantes oficiales de Gilberto Palomino, un garboso y certero garrochero de las fiestas del Veinte de Enero.

Banqueta, detenida alguna vez por tráfico sexual con menores y recluida en la cárcel de la Vega de Sincelejo, dice que al principio era la amante preferida de Palomino, un hombre altanero y de temperamento insaciable con las mujeres. Se iban a una de sus fincas en las afueras de la ciudad. Cuando el ron ni el sexo de ella le amainaba su espíritu burlón y pendenciero le solicitaba que le llevara amigas para bailar porros. Bebían en grupo y festejaban. Se echaban agua y maicena. Luego, poseídas por el ánimo del licor, aceptaban desnudarse a cambio de unos pesos. Después llegaba el inmanejable acto sexual. Las orgías le fueron gustando. Muchas veces, las sesiones de los miércoles y los viernes, con chicas amigas, eran precedidas de fuertes latigazos a la mujer, quien pese al castigo, se fue amañando porque la actividad le dejaba dividiendo. Cuando vino a ver tenía un grupo armado, con fotos y teléfonos. Una jugosa agenda que pronto llegó a oídos de sus numerosos clientes. La llegada del celular y luego de la Internet, fue facilitando el negocio. Surgieron carteles muy famosos en los años noventa y parte del nuevo siglo, como el de Mazzato, un hombre que manejaba un grupo de mujeres en La comuna nueve, los de Las Margaritas y San Carlos, liderados por María Banqueta.

Esta especie de carteles del sexo protagonizaban verdaderos escándalos en la disputa de clientes, entre las que hubo homicidios famosos como el de un peluquero ya hoy en libertad, especialmente por el vínculo de homosexuales; riñas que se han extendido hasta el año 2009 con la muerte de un joven a manos de un conocido travesti hoy en proceso criminal.

Los carteles fueron desplazando los burdeles de la Avenida Argelia y de otros sectores. Incluso, la prostitutas de las cantinas adyacentes de Telecom, que se paraban con sus gorduras en la puerta de sus negocios a cazar incautos, hoy han desaparecido como los videos de corralejas que se presentaban en las cantinas de mala muerte del frente. A los videos en betamax ya revaluados por el DVD, que eran muy concurridos, los desplazo el TV cable, que lleva la señal a las casas con igual o mayor sintonía. Y a las gordas prostitutas las reemplazaron los carteles. Estos a su vez los

ha ido desplazando las hordas de chicas prepago- un concepto acuñado del celular- que estudian o simplemente viven del oficio, duermen de mañana y trabajan de tarde y noche, tienen negocio de mototaxi, cargan el celular en la mano y manejan a la perfección los grupos de internet. Eso sí, la mayoría, tienen un alto conocimiento del peligro que representa hacer el amor a un cliente sin el condón. A esta situación se suma el incremento de las residencias y moteles construidos cada vez más cerca del centro, la venta de minutos, los cafés internet y la venta de loterías y chance, en una sociedad altamente penetrada por la informalidad de las corralejas, actividad que se hace en enero y subyace

Para Yeni, de 22 años, madre soltera, barranquillera, Sincelejo es una buena plaza. Aunque le ha dado la vuelta a Colombia, porque uno de sus hobbies es viajar, le gusta la capital sucreña porque es, según ella, una ciudad rápida. En diez minutos una mototaxi, de los 17 mil que han desplazado al transporte tradicional de los micros buses, atraviesa la ciudad de Norte a Sur o de Este a Oeste sin problema. El celular y las amigas en cadena, en que una le avisan a la otra, les facilita el trabajo.

Para este trabajo la cité a un conocido lugar en el centro y en menos de diez minutos apareció. El hombre que manejaba La moto taxi que la trajo le hace los cruces. Son viejos amigos. Ella me dice que le hace el amor a un cliente en un kiosco oscuro por treinta mil pesos en diez minutos, con solo bajarse el jean deportivo, mientras contesta la llamada de otro amigo que la espera. Su novio, que es un soldado, no se comió el cuento de la intensa llamadera a su celular. Él entró en sospecha y ella admitió que era una prepago. Le puso de pretexto para asumir ese trabajo la manutención de su hija pequeña. Y él la aceptó así. Dice que trabajaba con un conocido dirigente político de la ciudad, donde administraba una fotocopiadora y una venta de dulces, pero que los doscientos mil pesos que ganaba no le alcanzaban para pagar a alguien que cuidara de su bebe.

Hay historias por montones. Paola Mejía, de 22 años, una morena de cuerpo cumbiambero, tiene sexo desde los 16 y por su vida han pasado ya muchos hombres. Desde los 19 es bachiller, pero no ha podido terminar su sueño, que es ser una buena secretaria. Tampoco ha querido, porque le ha tomado gusto a este oficio y porque ha bajado en su autoestima. Ya no tiene sueños. Para ella el matrimonio es algo incierto y lo ve borroso en el mapa de prosperidad.

Miguel, un periodista con el que estuvo saliendo durante dos años, la halló una tarde en la esquina del parque Majagual. Él navegaba por la Internet y de reojo pudo verla como hablaba con un posible cliente en un celular alquilado. Ella pagó su minuto y salió. Él, disimuladamente salió a estirar los brazos y la vio en la esquina, en señal de espera, impaciente. Al cabo rato, al salir nuevamente a respirar la brisa de la noche, observó que la muchacha estaba allí todavía, mucho más impaciente. Inmediatamente supo que había sido dejada plantada. Se le acercó y le dijo:

-¿Qué?... ¿amor, te dejaron plantada?

- Sí, dijo ella.

¿Me das tu número de celular?

- Apuntalo, respondió ella.

- Y él nervioso ante la despampanante muchacha, apuntó el número, mientras le susurraba.

- ¿No hay problemas si te llamo?

- En absoluto, dijo ella. Y se fue.

La primera llamada fue para una cita sexual. Según Manuel, la muchacha no manejaba bien las tarifas. Le dijo que le diera para una fórmula que tenía, lo que es una táctica de algunas, para disimular la oferta. Otras piden para la matrícula, para el celular, para una fórmula, etc.

Aunque Miguel sospechaba que podía ser una prepago por su aspecto y su celular en la mano sin disimulo, pudo hallarla en la lista de María Banqueta. No era muy fija, le dijo la mujer.

Conforme Manuel, quien acostumbra este tipo de trabajo para sus investigaciones de escritor, los más fieles clientes de estas niñas son políticos, ganaderos, ejecutivos y gente con poder adquisitivo. La mayoría son clientes maduros, que manejan chequera y dinero. Según el fotógrafo español, Eduardo Barrientos, de paso por Sincelajo, este tipo de mercado ha desplazado a los adolescentes, a quienes se les dificulta acceder a estos servicios por los altos costos que adquieren.

y ellos a duras penas para el bus. a eso se suma que la vieja cultura del ayuntamiento con las burras, es una cultura del pasado y estos animales están escasos en un a sociedad cada vez menos rural.

A esa edad, 22 años, Paola Mejía ya tiene un lote, una moto y un apartamento. El estudio se ha ido aplazando entre parranda y parranda. Ha ido perdiendo el celo y su grupo de trabajo- conformado por unas 15 niñas- puede intercambiar amigos de su lista sin ningún inconveniente.

Dice, por ejemplo, que Lina, la muchacha bella de cabellera negra que la acompañaba una noche, también sale. Su madre, es divorciada y avala las salidas. Sí, porque salir no es salir, sino salir a hacer el amor.

¿y tu madre sabe a qué te dedicas?, le pregunto Manuel.

Claro, debe sospechar, dice ella, pero como su padre no trabaja y ella es ama de casa, un billete de 50 mil de vez en cuando no le hace mal.

Entre los clientes de Paola hay políticos con tendencia homosexual que le solicitan cuñas a la hora del amor u otros que les gusta drogarse.

Para Paola, este tipo de prostitución es una verdadera epidemia en Sincelajo, mucho menor que el sida, una enfermedad que cede en la medida en que la información fluye, mientras la madre compra el condón y lo mete en la canasta, al lado de la bolsa de leche y los panes.

La dignidad, es otra cosa.

nota: algunos nombres han sido cambiados para proteger a los declarantes.